

En el I Centenario del Colegio de la Inmaculada, de Gijón

"Los efectos de la Educación constan, más que en los archivos del Colegio, en la calidad de vida de nuestros alumnos "

El 11 de octubre de 1990, el P. Vicent J. Duminuco s.j. se dirigía al Claustro de Profesores, Alumnos y Amigos de la Compañía de Jesús en Gijón. Con motivo del I Centenario del colegio de la Inmaculada. Su discurso puede marcar los principios fundamentales del tipo de educación que se pretende desarrollar.



Quiero comenzar agradeciendo al P. Rector su cortesía al invitarme a participar en este acto de apertura del año centenario del Colegio de la Inmaculada, en coincidencia con la conmemoración de otros dos centenarios ignacianos: quinientos años del nacimiento de San Ignacio, y cuatrocientos cincuenta años de la fundación de la Compañía de Jesús.

Es para mí un placer el encontrarme con Ustedes en este acto. Durante la mayor parte de mi vida he sido profesor en los Colegios y Universidades de la Compañía. Por eso, al igual que ustedes, siento en lo vivo los ideales y problemas de la labor educativa: formar las mentes y corazones de jóvenes generaciones. Quiero felicitarles por la excelente labor que ustedes llevan a cabo en el Colegio.

Educación y calidad de vida de los ex-alumnos

Un aniversario recuerda el pasado. Este del Colegio de la Inmaculada celebra cien años de servicio, por parte de

los profesores, jesuitas y seculares, ayudando al crecimiento de la juventud. Los efectos de la educación que han sabido impartir constan —más que en los archivos del Colegio— en la calidad de vida de vuestros alumnos. El éxito alcanzado es de veras impresionante. Da testimonio de una educación de la que podéis estar orgullosos. Dios sabe cuán importante es este trabajo de ustedes en un tiempo en que el desajuste de la escala de valores causa tantos estragos en la juventud. Pero vuestra tradición es una tradición viva. Por eso hoy podemos con razón mirar al futuro de este Colegio y esperar que, con la gracia de Dios, el servicio que presta será aún más efectivo en vuestro segundo siglo.

Cuando el P. General anunció el Año Ignaciano, dijo que él esperaba que esta celebración no habría de ser ni nostálgica ni triunfalista, sino ocasión propicia para nuestra genuina renovación espiritual, "ad maiorem Dei gloriam". El P. General espera de nosotros que hemos de servirnos de este año para renovar el espíritu y la espiritualidad de Ignacio conforme a nuestra viva tradición. Con-

fía en que el fruto de este año será un servicio más eficaz por nuestra parte, como hombres y mujeres para los demás, comprometidos al servicio de la fe y promoción de la justicia. Es un auténtico desafío.

Hoy quisiera detenerme en una característica central de la educación que quiere dar la Compañía, que ha constituido parte de nuestra tradición durante cuatro siglos y medio y aun hoy sigue siendo clave en la formación eficaz de nuestros alumnos. Me refiero al hecho de que nuestra educación tiene por fin la formación integral de la persona humana.

La persona no cambia por solo el conocimiento intelectual

Si bien el objeto primario de la enseñanza es de orden cognoscitivo, más que afectivo, ya los primeros educadores jesuitas cayeron en la cuenta de que la persona humana no cambia por solo el conocimiento intelectual, sin tocar su mundo emotivo. Cayeron en la cuenta de que la información y el análisis iluminan la mente, pero que el proceso educativo debe abarcar la persona entera: mente, sentidos, corazón, y que sólo así será una experiencia verdaderamente humana, sólo así se podrá transformar el individuo. Llegaron a la conclusión de que un colegio de la Compañía tiene que ofrecer una formación intelectual y moral.

Dicho de otra forma: ciertamente, no atraeremos grandes talentos a nuestros colegios si no les ofrecemos una enseñanza de alta calidad; pero no responderemos a sus aspiraciones más profundas —aunque con frecuencia mal expresadas— si no les llevamos más allá de eso

que hemos venido en llamar "excelencia académica".

De acuerdo con este principio, hoy nuestra educación insiste en la asimilación personal del material que se estudia. El profesor ha de procurar que su alumno no sólo absorba, sino que reaccione y responda al material que aprende. Por medio de técnicas como la repetición, tenemos que conseguir primero que nuestros alumnos seleccionen las ideas que más les han impresionado, bien sea porque suponen un desafío o por la luz que arrojan; segundo, el profesor debe procurar que el alumno elabore una síntesis personal que tenga significado para él. Hasta cierto punto el alumno debería hacer de cada libro de texto un documento personal, y de cada examen o proyecto escolar una expresión personalizada.

Naturalmente este ideal hay que adaptarlo a los individuos y situaciones concretas. Con todo, la respuesta y descubrimiento personales no dejan de ser objetivos estables en toda asignatura y a cualquier nivel. Nuestra educación aspira no a la cantidad de lo aprendido, sino a la calidad del aprendizaje; no a la información objetiva, sino a la verdad personalizada.

Más allá de la "excelencia académica"

Este objetivo incluye la excelencia académica, pero va más allá. El crecimiento y desarrollo integral y armonioso de toda la persona, y también de las cualidades que Dios le ha dado —intelectuales, espirituales, sociales, estéticas, físicas— es lo que el documento "Características" entiende por "excelencia humana". Sólo una persona así, profundamente humana y llena de vida, podrá de verdad trabajar en servicio de los demás y responder a las exigencias de justicia y amor que nos piden a gritos las sociedades civil, nacional e internacional. Sólo una persona así, formada con este equilibrio, puede ser consciente, con confianza, de sus buenas cualidades y usar con libertad de las buenas cualidades de los demás. Así pues, nuestro ideal educativo es ayudar a nuestros alumnos, conforme a su edad y grado de madurez, a crecer y desarrollarse como personas intelectualmente competentes,

abiertas, dispuestas siempre a aprender, religiosas, cariñosas y amables, comprometidas, entregadas al servicio de la justicia por sus semejantes. La verdadera medida de nuestro éxito como educadores está en la calidad del servicio que ofrecen nuestros antiguos alumnos.

Interés por cada alumno y sus valores

De este objetivo se siguen varias consecuencias. Me fijaré en tres puntos prácticos, que espero os servirán en la enseñanza:

1. En la tradición jesuítica, una de las claves par esta formación es el **cuidado e interés personal por cada alumno** ("alumnorum cura personalis"). Ponemos interés y tiempo en conocerles personalmente. Compartimos sus esperanzas y desilusiones, sus alegrías y sus tristezas; les animamos a cada uno a desarrollar el perfil característico que Dios les ha dado con su dotes particulares; les estimulamos a caer en la cuenta de lo que valen y de la necesidad que otros tienen de sus dotes. Esta comprensión y amor incondicional constituyen para el joven el medio ambiente ideal en que crecer como personas que saben recibir y dar amor.

2. Un objetivo como el nuestro, orientado por los valores que debemos fomentar (hombres y mujeres para los demás) no se logrará a menos que, a todo lo largo y ancho de nuestro programa educativo y a todos los niveles, **estimulemos a nuestros alumnos a**

reflexionar sobre los valores subyacentes en todo lo que estudian. Son varias las formas que puede adoptar el proceso de reflexión en nuestras clases, por ejemplo, no pasar una unidad escolar o un capítulo sin pedir a los alumnos que reflexionen sobre las implicaciones humanas de lo que están estudiando, o sin pedirles que lleven un diario en que anotar semanalmente las respuestas a preguntas como estas: ¿qué es lo que más me ha interesado de cuanto hemos estudiado esta semana? ¿qué es lo que me ha aburrido más? ¿por qué? ¿En qué modo puede afectar esto a mi vida o la de mi familia en un plazo de cinco años? ¿Quién sale ganando con esto? ¿Quién deberá sufrir? ¿Es justo esto? ¿Qué alternativas más justas y equitativas podría haber? ¿Cómo me siento ante esta situación? ¿Por qué? ¿Qué me dice esto acerca de mí y de los demás?

Hemos aprendido a costa nuestra que el mero aprendizaje no humaniza necesariamente. Conocemos demasiados ejemplos de fanáticos e intolerantes salidos de los mejores colegios. Por eso hay que encontrar la manera de que "nuestros alumnos adquieran el hábito de reflexionar y valorar lo que aportan a la persona humana, como tal, las ciencias físicas y humanas que estudian"; valorar a esa luz la tecnología que se viene desarrollando y toda la gama de programas sociales y políticos que proponen profetas y políticos. Los hábitos no se forman por casualidades ni sucesos aislados. Sólo se forman por medio de una práctica constante y planificada.



Por eso, este objetivo de formar el hábito de reflexionar requiere el esfuerzo conjunto de todos los profesores en todas las asignaturas, aunque naturalmente la forma y manera concreta variará según la madurez del alumno en cada etapa de su formación. Esto no es fácil; lo concedo. Pero la urgencia de formar personas que sepan discernir y sean "hombres para los demás" requiere que pongamos manos a la obra ya.

3. No caigamos en la trampa de creer que una formación de este tipo termina con la entrega de un diploma al salir del colegio. Esto quiere decir que nuestros colegios han de ofrecer —con la colaboración activa de institutos sociales y centros de comunicación social dirigidos por la Compañía— "oportunidades para una formación permanente" del mismo signo a nuestros ex-alumnos, a los padres de nuestros alumnos, y a su sociedad circundante en y por medio de nuestras escuelas, colegio y universidades, así como a través de los mass media y otros instrumentos de educación popular. Nuestros centros de educación podrán así convertirse en plataformas de servicio de toda la sociedad española para hacer un mundo más humano y más divino.

"En conflicto con la cultura materialista"

El adolescente anda buscando identidad. Esta identidad incluye su autoimagen, una visión del mundo, y una escala de valores. La identidad cristaliza solamente dentro de la comunidad a través del proceso de socialización. El colegio puede ser un eficaz agente socializador; pero si, como es nuestro caso, ofrece una visión en conflicto con la cultura materialista que le rodea, tiene que hablar con una sola voz y un mismo lenguaje, siempre fiel a sí mismo.

Nuestros colegios no podrán hacer impacto duradero en nuestros alumnos mientras sus miembros adultos estén divididos en cuanto a su escala de valores, sus fines, prioridades y sentido de misión. Aquí la neutralidad es imposible. Los que no nos secunden positivamente en la formidable **tarea de educar para la justicia** pueden, de hecho, estar actuando contra nosotros. Lo quieran o no, todos hacen su impacto, positivo o nega-

Centenario

¡FELICES FIESTAS!



1, 2, 3, 4 MAYO 1991

tivo, en el proceso formativo. Todos deben contribuir positivamente al crecimiento de nuestros alumnos con el ejemplo de sus vidas, el cuidado de cada estudiante, la rigurosa atención al estilo mismo de la enseñanza, y la preocupación por los valores y conducta morales.

"Lo que somos, grita más fuerte que lo que hacemos o decimos"

Como jesuitas profesores, pues, además de ser profesionales competentes en materia de educación, estamos llamados a ser hombres del Espíritu. Lo queramos o no, somos ciudad construida sobre el monte. **Lo que somos grita más fuerte que lo que hacemos o decimos.** En nuestra cultura dominada por la imagen, la gente joven aprende a responder a la imagen viviente de los ideales que vislumbra en el corazón. Palabras como entrega total, servicio de los pobres, justicia social, sociedad no-racista, apertura al Espíritu, etc., podrán hacerles reflexionar. Un ejemplo vivo les llevará más allá de la reflexión a vivir lo que significan las palabras. Por eso, nuestro crecimiento en el Espíritu debe llevarnos a una vida tan llena de

significado y bondad que podamos repetir, sin sonrojarnos, la invitación de Pablo a su comunidad: "Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo". El Papa Pablo VI lo proclamó con fuerza para nuestros tiempos. Dijo: "Los jóvenes de hoy no siguen a los maestros, sino a los que dan testimonio. Y, si siguen a los maestros, es porque dan testimonio".

Bien sé que estos objetivos no son fáciles de lograr; requieren visión, valentía, y mucha gracia de Dios para empujarnos a la acción. Pero no estamos solos en este esfuerzo. El mismo Señor que nos dijo "Id y enseñad a todas las naciones", añadió en seguida: "Yo estoy con vosotros todos los días". Esta fe en la presencia y ayuda de Dios nos hace esperar que, débiles como somos, podremos de verdad dar testimonio para mayor gloria de Dios.

De nuevo, gracias. Pediré por vosotros y por vuestro trabajo.